

VIDA DE LOS SANTOS ABADES DEL MONASTERIO EN WIRAMUTHA Y GIRVUM: BENEDICTO, CEOLFRIDO, EASTERUINO, SIGFRIDO Y HUAETBERCTO, compuesta por BEDA, presbítero y monje del mismo monasterio.

OBSERVACIONES PREVIAS DE MABILLONIO.

1. El Venerable Beda, en su Epítome de la Historia de Inglaterra, donde confecciona el índice de sus obras, menciona la historia de los abades de su monasterio con estas palabras: «Escribí la historia de los abades de este monasterio, en el cual me alegra servir a la piedad suprema, Benito, Ceolfrido (añade Sigfrido) y Haeberto en dos libritos.» Esta historia, dividida en dos fragmentos, fue publicada en 1625 por Eduardo Maihew, monje de Westminster, en el Martirologio Benedictino Anglicano, en parte en la tabla 2 de añadidos, en parte el 25 de septiembre: edición que, al ser desconocida por Jacobo Waraeus, caballero dorado, emprendió otra en 1664 con tipos de Dublín, y la misma fue revisada por el librero Luis Billaine en París dos años después. Representamos aquí esa misma historia que contiene los hechos de los abades mencionados en una serie continua, tanto porque se consideró más adecuado mostrar la obra completa del autor, como porque no se permitió dividir la narración mezclada de los hechos de los mismos abades. Si Beda también compuso un sermón sobre el santo obispo, se investigará más adelante.

2. Nadie desconoce cuánta es la autoridad de Beda. Sin embargo, aquí merece mayor credibilidad, ya que escribe sobre asuntos que le son conocidos y evidentes. Pues «Beda, siervo de Dios y presbítero del monasterio de los bienaventurados apóstoles Pedro, que está en Wirimuda e Ingirvum» fue; «quien, nacido en el territorio de ese mismo monasterio, cuando tenía siete años, fue entregado al cuidado del reverendísimo abad Benito para ser educado, y luego a Ceolfrido, y pasó todo el tiempo de su vida en la residencia de ese mismo monasterio,» como él mismo testimonia sobre sí mismo en el lugar citado.

3. El monasterio de San Pedro en la desembocadura del río Wira (de donde se le llamó Wiremuthense) estaba a casi cinco millas del cenobio de San Pablo situado en el río Tina, en el territorio Girvense, comúnmente llamado Jarrow, de donde se le llamó monasterio de San Pablo Girvense. Ambos fueron fundados por Biscopo, y quiso que estuvieran bajo el mismo abad y las mismas instituciones. Esto fue la causa de que a veces en Beda y otros autores se considerara como un solo monasterio. Beda habitó en Girvense, que fue destruido por los daneses una y otra vez.

4. El nombre y apellido de San Benito Biscopo son expresados de diversas maneras por varios. El Venerable Beda llama a Biscopo con el sobrenombre de Benito, tanto en la historia sujeta como en la Historia de Inglaterra, libro IV, capítulo 18, y libro V, capítulo 20. Pero Florencio de Worcester y los más recientes lo llaman en todas partes Benito Biscopio. Beda parece usar el sobrenombre como un segundo nombre o voz cognominada y promiscuo, en el sentido en que a veces se usó en autores de la Edad Media. Por lo tanto, Biscopo tenía dos nombres, pero nosotros, según la costumbre, expresaremos en todas partes a Benito Biscopo.

5. Se dice que Benito escribió algunas cosas, según Pitseo, un libro de Exhortaciones a los Monjes, libro I. Sobre su Privilegio, libro I, Sobre la celebración de las fiestas de todo el año, libro I, y otros sobre los que no se puede pronunciar nada. Hay quienes le atribuyen el libro sobre la Concordia de las reglas, que se sabe que es de otro Benito, abad de Aniana. Nuestro Menardo, en el prefacio sobre los Autores de las reglas que se citan en la Concordia, sospecha que la regla del Maestro fue escrita por Benito Biscopo. Sin embargo, parece que debe atribuirse más bien al autor Galo; sobre lo cual en otro momento.

6. No se encuentra mención alguna de San Benito Biscopo en los antiguos Martirologios de Beda y otros; de lo cual podría surgir la duda de si la homilía sobre este santo publicada bajo el nombre de Beda es genuina o debe atribuirse a otro. Sea lo que sea, sin duda fue compuesta por algún monje que había visto a los discípulos del mismo Biscopo, como aparece en el contexto; y por lo tanto es cierto que su fiesta fue celebrada antiguamente. «Por lo tanto, su cuerpo,» dice Guillermo, monje de Malmesbury, en el libro IV de los Pontífices de Inglaterra, «comprado a gran precio por Adelwoldo (obispo de Winchester, muerto en 984) fue llevado a Thorney, e introdujo un resplandor luminoso a los santos más oscuros.» Además, el monasterio de Thorney estaba no lejos de la ciudad de Ely en el condado de Cambridge.

7. Sobre la regla instituida por Biscopo en sus monasterios, hemos disertado en el prefacio del siglo I de Bened., § 8. Pues Beda, en la historia siguiente, afirma que Biscopo y Ceolfrido recomendaron a sus discípulos la regla del gran abad Benito. Y en el monasterio de Wiremuthense había una iglesia del bienaventurado Padre Benito, más adelante en el libro II, número 19. Además, Albino Flaco Alcuino nos proporciona un excelente testimonio de esto, en la epístola 49, a los hermanos de la Iglesia de Wirensis y Girvensis con estas palabras: «Observad diligentemente la vida regular que os establecieron, los santísimos Padres, Benito y Ceolfrido.» ¿Y qué regla? el mismo autor expone un poco más adelante: «La regla de San Benito se exponga en la lengua propia del convento de los hermanos, para que pueda ser entendida por todos.» Creemos que esto es suficiente para los lectores justos.

COMIENZA LA VIDA DE LOS CINCO SANTOS ABADES. (C,S)

LIBRO PRIMERO.

El religioso siervo de Cristo Biscopo, con el sobrenombre de Benito, con la gracia divina inspirando, construyó un monasterio en honor del beatísimo príncipe de los apóstoles Pedro, junto a la desembocadura del río Wiri al norte, con la ayuda y la tierra otorgada por el venerable y piadosísimo rey de esa gente, Ecgrido; y gobernó diligentemente el mismo monasterio durante dieciséis años, entre innumerables trabajos de viajes o enfermedades, con la misma religión con la que lo construyó. Quien, para usar las palabras del beato papa Gregorio, que glorifica la vida del abad de su mismo nombre: Fue un hombre de vida venerable, bendecido por la gracia y el nombre, llevando desde su temprana juventud un corazón de anciano, pasando su edad con costumbres, no entregó su alma a ningún placer. De noble linaje de la gente de los anglos, pero no menos noble de mente, siempre aspirando a merecer la compañía de los ángeles. Finalmente, siendo ministro del rey Oswiu y recibiendo de él una posesión de tierra adecuada a su rango, a la edad de unos veinticinco años despreció la posesión caduca para poder adquirir la eterna; despreció la milicia con el donativo corruptible terrestre, para servir al verdadero Rey, mereciendo tener un reino perpetuo en la ciudad celestial; dejó su hogar, parientes y patria por Cristo y por el Evangelio, para recibir el ciento por uno y poseer la vida eterna; rechazó servir a los matrimonios carnales, para poder seguir al Cordero, blanco con la gloria de la virginidad en los reinos celestiales; rehusó engendrar hijos mortales en la carne, predestinado por Cristo para educar hijos espirituales con doctrina celestial en la vida eterna.

Dejando así su patria, fue a Roma, y se preocupó por visitar y adorar corporalmente los lugares de los cuerpos de los bienaventurados apóstoles, cuyo deseo siempre había ardido en él. Pronto regresó a su patria, y no dejó de amar, venerar y predicar con quienes pudo las instituciones de vida eclesiástica que había visto. En ese tiempo, Alchfrido, hijo del mencionado rey Oswiu, también disponiéndose a ir a Roma para adorar los umbrales de los

apóstoles, lo tomó como compañero de ese viaje. Cuando su padre lo llamó de vuelta de la intención del mencionado viaje, y lo hizo residir en su patria y reino, sin embargo, él, como joven de buena índole, completando inmediatamente el viaje comenzado, regresó a Roma con la mayor prisa, en el tiempo del papa de bendita memoria Vitaliano; y habiendo bebido no poca dulzura de la ciencia de la salvación, después de algunos meses partió de allí hacia la isla de Lérins, donde se entregó a la comunidad de monjes, recibió la tonsura, y, marcado con el voto de monje, observó con la debida solicitud la disciplina regular; donde, instruido durante dos años con la doctrina adecuada de la vida monástica, nuevamente vencido por el amor del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, decidió regresar a la ciudad sagrada de su cuerpo.

No mucho después, con la llegada de un barco mercante, satisfizo su deseo. En ese tiempo, el rey Ecgberct de los cantuarianos había enviado de Britania a un hombre elegido para el oficio episcopal, llamado Vighard, quien había sido suficientemente instruido en toda la institución eclesiástica por los discípulos romanos del papa San Gregorio en Cantia; deseando que fuera ordenado obispo en Roma, para que, teniendo un obispo de su propia gente y lengua, pudiera ser instruido tanto más perfectamente con los pueblos sujetos a él, ya sea en palabras de fe o en misterios; cuanto más, no a través de un intérprete, sino a través de la lengua y mano de un hombre de su misma nación y tribu, recibiría estas cosas. El mencionado Vighard, llegando a Roma, con todos los que vinieron con él, antes de recibir el grado de pontificado, murió por una enfermedad repentina. Pero el papa apostólico, para que la legación religiosa de los fieles no careciera del fruto competente con la muerte de los legatarios, tras consultar, eligió de entre los suyos a quien enviaría como arzobispo a Britania, a Teodoro, un hombre dotado de filosofía secular y eclesiástica, y esto en ambas lenguas, griega y latina, dándole como colega y consejero a un hombre igualmente fuerte y prudente, el abad Adriano; y porque vio que el venerable Benito era un hombre sabio, industrioso, religioso y noble, le encomendó al obispo ordenado con todos los suyos, y le ordenó que, dejando la peregrinación que había emprendido por Cristo, por la vista de un bien mayor, regresara a su patria, y llevara al maestro de la verdad que había buscado con diligencia, para que pudiera ser su intérprete y guía, ya sea mientras viajaba o enseñaba allí. Hizo como se le ordenó: llegaron a Cantia, fueron recibidos con gran gratitud; Teodoro ascendió al asiento episcopal; Benito asumió el monasterio del bienaventurado Pedro apóstol para gobernarlo; del cual más tarde el mencionado Adriano fue hecho abad.

Después de haber gobernado ese monasterio durante dos años, emprendió un tercer viaje de Britania a Roma, completándolo con la acostumbrada prosperidad, y trajo de vuelta no pocos libros de toda enseñanza divina, comprados a buen precio o regalados por amigos. Al regresar, cuando llegó a Viena, recuperó los libros comprados que había dejado encomendados a amigos. Al entrar en Britania, pensó en dirigirse al rey de los sajones occidentales, llamado Coinvalch, de cuya amistad había disfrutado antes no pocas veces, y había sido ayudado por sus beneficios. Pero, al ser arrebatado por una muerte prematura en ese mismo tiempo, finalmente, volviendo su pie a la patria, la gente y el suelo en el que nació, se dirigió a Ecgfrido, rey de la región Transhumbrana; relató todo lo que había hecho desde que dejó su patria como joven; no ocultó con qué deseo de religión ardía; reveló qué instituciones eclesiásticas y monásticas había aprendido en Roma o en sus alrededores, cuántos volúmenes divinos, cuántas reliquias de los bienaventurados apóstoles o mártires de Cristo había traído, y encontró tal gracia de familiaridad con el rey, que inmediatamente le otorgó tierra para setenta familias de su propiedad, ordenándole que construyera allí un monasterio para el primer pastor de la Iglesia. Lo cual se hizo, como recordé en el prólogo, en

la desembocadura del río Wiri al norte, en el año de la Encarnación del Señor seiscientos setenta y cuatro, en la segunda indicción, y en el cuarto año del reinado del rey Ecgrido.

No más de un año después de la fundación del monasterio, Benito, cruzando el Océano, se dirigió a las Galias, solicitando albañiles que construyeran para él una iglesia de piedra al estilo romano que siempre amó, y los trajo. Y mostró tal diligencia en el trabajo por amor al bienaventurado Pedro, en cuyo honor lo hacía, que dentro del ciclo de un año desde que se colocaron los cimientos, se podían ver las solemnes misas celebrándose allí. Con la obra acercándose a su perfección, envió mensajeros a las Galias para traer vidrieros, artesanos hasta entonces desconocidos en Britania, para enmarcar las ventanas de la iglesia, los pórticos y los cenáculos. Y así fue, y vinieron; y no solo completaron la obra solicitada, sino que también hicieron que la gente de los anglos conociera y aprendiera este tipo de arte: un arte ciertamente no ignoble, apto para las lámparas de los claustros de la iglesia o para los diversos usos de los vasos. Pero también, como no pudo encontrar en casa todo lo que correspondía al ministerio del altar y de la iglesia, el religioso comprador se encargó de traerlo de las regiones transmarinas.

Y para que también los ornamentos o defensas de su iglesia, que no se podían encontrar ni siquiera en las Galias, el diligente proveedor de su iglesia los trajera de los confines romanos; en su cuarta salida, después de haber establecido el monasterio según la regla, regresó cargado con un beneficio de mercancías espirituales más abundante que antes. Primero, porque trajo una innumerable cantidad de libros de todo tipo; segundo, porque trajo una abundante gracia de reliquias de los bienaventurados apóstoles y mártires de Cristo, que serían de provecho para muchas iglesias de los anglos; tercero, porque entregó a su monasterio el orden de cantar, salmodiar y ministrar en la iglesia según la costumbre de la institución romana, habiendo solicitado y recibido de Agatón, papa, al archicantor de la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro y abad del monasterio de San Martín, Juan, para que lo trajera a Britania como maestro de su futuro monasterio. Quien, al llegar allí, no solo enseñó de viva voz lo que había aprendido en Roma a los discípulos, sino que también dejó no pocos escritos que aún se conservan en la biblioteca de ese mismo monasterio como recuerdo. Cuarto, Benito trajo un no vil regalo, una carta de privilegio recibida del venerable papa Agatón, con la licencia, consentimiento, deseo y exhortación del rey Ecgrido, por la cual el monasterio que hizo sería perpetuamente seguro y libre de toda irrupción externa. Quinto, trajo pinturas de imágenes sagradas para adornar la iglesia del bienaventurado Pedro apóstol que había construido; la imagen, a saber, de la bienaventurada Madre de Dios siempre virgen María, junto con los doce apóstoles, con las que rodearía la bóveda central de la misma iglesia, trazando un tablado de pared a pared; imágenes de la historia evangélica con las que decoraría la pared sur de la iglesia; imágenes de las visiones del Apocalipsis de San Juan, con las que adornaría igualmente la pared norte, para que todos los que entraran en la iglesia, incluso los iletrados, dondequiera que miraran, contemplaran siempre el amado aspecto de Cristo y sus santos, aunque en imagen; o recordaran con más vigilancia la gracia de la encarnación del Señor; o, teniendo ante sus ojos el juicio final, se recordaran a sí mismos de examinarse más estrictamente.

Por lo tanto, el rey Ecgrido, no poco deleitado por la virtud, industria y religión del venerable Benito, aumentó la tierra que le había dado para construir el monasterio, al ver que la había dado bien y fructuosamente, con una posesión adicional de cuarenta familias; donde, después de un año, enviando monjes en número de casi diecisiete, y poniendo al frente al abad y presbítero Ceolfrido, Benito, con el consejo e incluso la orden del mencionado rey Ecgrido, construyó el monasterio del bienaventurado Pablo apóstol, con la única condición de que se conservara perpetuamente la paz y concordia de ambos lugares, la misma

familiaridad y gracia perpetua; para que, como, por ejemplo, el cuerpo no puede ser separado de la cabeza por la cual respira, la cabeza del cuerpo sin la cual no vive no puede olvidarse, así nadie intentara con ningún esfuerzo separar estos monasterios unidos por la sociedad fraterna de los primeros apóstoles. Ceolfrido, a quien Benito nombró abad, estaba presente desde los primeros comienzos del monasterio anterior como un ayudante muy fuerte en todo, y en el momento adecuado había ido a Roma con él para aprender lo necesario y adorar. En ese tiempo también eligió al presbítero Eastervino del monasterio del bienaventurado Pedro como abad, y lo puso al frente del mismo monasterio con el derecho de gobernar, para que el trabajo que no podía soportar solo, lo llevara más fácilmente con la fuerza de su amado compañero de armas. Y no debe parecer extraño a nadie que un monasterio tuviera dos abades al mismo tiempo. Esto lo hizo frecuente su partida por el bien del monasterio, su frecuente salida a través del Océano y su regreso incierto. Pues las historias cuentan que el beatísimo Pedro apóstol en Roma estableció dos pontífices bajo él para gobernar la Iglesia, cuando la causa lo requería. Y el gran abad Benito, como escribe el beato papa Gregorio, estableció doce abades para sus discípulos, según lo juzgó útil, sin detrimento de la caridad, sino para el aumento de la caridad.

Por lo tanto, el mencionado hombre asumió el cuidado de gobernar el monasterio en el noveno año desde su fundación. Permaneció en él hasta su muerte durante cuatro años, un hombre noble, pero convirtiendo la insignia de la nobleza no en materia de jactancia, como algunos, y desprecio de otros, sino en mayor nobleza de alma, como corresponde a un siervo de Dios. Pues era primo del abad Benito, pero ambos tenían tal nobleza de mente, tal desprecio por la nobleza mundana, que ni este, al entrar en el monasterio, buscó algún honor especial por su parentesco o nobleza, ni aquel pensó en ofrecerlo, sino que se gloriaba de observar en todo la disciplina regular con los hermanos en igualdad de condiciones. Y aunque había sido ministro del rey Ecgfrido, habiendo dejado una vez los asuntos seculares, depuestas las armas, y asumida la milicia espiritual, permaneció tan humilde, y tan semejante a los otros hermanos, que se alegraba de ser ejercitado con ellos en ventilar y trillar, ordeñar ovejas y terneras, en el molino, en el huerto, en la cocina, en todas las obras del monasterio, obediente y alegre. Pero también, habiendo asumido el gobierno y el grado de abad, permanecía con el mismo ánimo que antes hacia todos, según lo que aconseja un sabio diciendo: Te han constituido rector, no te ensalces, sino sé entre ellos como uno de ellos, manso, afable y benigno con todos. Y, en efecto, donde encontraba oportuno, corregía a los pecadores con la disciplina regular, pero más aún, con la costumbre innata de amar, los amonestaba diligentemente, para que nadie quisiera pecar y ocultar a sí mismo la luz clarísima de su rostro con la nube de su inquietud. A menudo, al salir por los asuntos del monasterio, cuando encontraba a los hermanos trabajando, solía unirse inmediatamente a ellos en el trabajo, ya sea guiando el arado, domando el hierro con el martillo, agitando el aventador con la mano, o haciendo algo similar. Pues era un joven fuerte de cuerpo, dulce de lengua; pero también alegre de ánimo, generoso en beneficio, y de aspecto honesto. Siempre se alimentaba con la misma comida que los otros hermanos, en la misma casa, dormía en el mismo lugar común que antes de ser abad, tanto que, incluso enfermo y ya consciente de su muerte por ciertos signos, descansó dos días más en el dormitorio de los hermanos. Pues los cinco días restantes hasta la hora de su partida se alojó en un lugar más privado: un día, saliendo y sentándose al aire libre, llamó a todos los hermanos, y, como es natural en un corazón misericordioso, les dio el beso de paz mientras lloraban y se lamentaban por la partida de tan gran Padre y pastor. Falleció en la noche del 4 de marzo, mientras los hermanos estaban ocupados en la alabanza de los salmos matutinos. Tenía veinticuatro años cuando buscó el monasterio, vivió en él doce años, fue presbítero durante siete años, y

durante cuatro de ellos ejerció el gobierno del monasterio; y así, dejando los miembros terrenales y mortales, buscó los reinos celestiales.

Verum his de vita venerabilis Eastervini breviter praelibatis, redeamus ad ordinem narrandi. Constituido él como abad, Benito en el monasterio del beato Pedro apóstol, y Ceolfrido en el monasterio del beato Pablo, no mucho después de un corto espacio de tiempo, por quinta vez desde Britania corriendo a Roma, regresó enriquecido con innumerables dones eclesiásticos como siempre, con una gran cantidad de volúmenes sagrados, pero no menos, como antes, enriquecido con el don de imágenes sagradas. Pues también entonces presentó pinturas de la historia del Señor con las que coronó en círculo toda la iglesia de la bienaventurada Madre de Dios, que había hecho en el monasterio mayor; también exhibió imágenes para adornar el monasterio y la iglesia del beato Pablo apóstol, compuestas con gran razón de la concordia del Antiguo y Nuevo Testamento: por ejemplo, unió en pintura a Isaac llevando la leña para ser inmolado, y al Señor llevando la cruz en la que sufriría, en una región próxima una sobre otra. Asimismo, comparó al Hijo del Hombre exaltado en la cruz con la serpiente en el desierto levantada por Moisés. Entre otras cosas, trajo dos mantos de seda de incomparable obra, con los cuales después, por el rey Aldfrido y sus consejeros, pues encontró a Ecgfrido ya muerto al regresar, compró tierra de tres familias al sur del río Wiri, cerca de su desembocadura.

Pero entre las cosas alegres que trajo al venir, encontró tristes en casa: a saber, al venerable presbítero Eastervino, a quien había dejado como abad al partir, junto con no pocos de la multitud de hermanos que le habían sido encomendados, ya fallecidos del mundo por la peste que se extendía por todas partes. Pero también había consuelo, porque en lugar de Eastervino supo que había sido sustituido de inmediato, por elección de sus hermanos y de su coabad Ceolfrido, un hombre igualmente reverente y amable del mismo monasterio, a saber, Sigfrido, diácono; un hombre suficientemente instruido en el conocimiento de las Escrituras, adornado con excelentes costumbres, dotado de una admirable virtud de abstinencia, pero no poco deprimido por la debilidad del cuerpo para la custodia de las virtudes del alma, sufriendo de una enfermedad pulmonar dañina e irremediable para conservar la inocencia del corazón.

No mucho después, también el mismo Benito comenzó a fatigarse por una enfermedad creciente. Pues para que una virtud tan grande de la religión también fuera probada por la virtud de la paciencia, la divina piedad postró a ambos en la cama con una enfermedad temporal, para que después de la enfermedad vencida por la muerte, los reconfortara con el descanso perpetuo de la paz y luz celestial. Pues también Sigfrido, como dijimos, castigado por una larga molestia interna, llegó al último día. Y Benito, por tres años con una enfermedad que crecía poco a poco, fue tan disuelto por la parálisis que quedó completamente muerto de todas las partes inferiores del cuerpo, reservándose solo las superiores, sin cuya vida el hombre no puede vivir, para el oficio de la paciencia y la virtud; se esforzaba en el dolor por siempre dar gracias al Creador, siempre dedicarse a las alabanzas de Dios y a las exhortaciones fraternales. Benito solía fortalecer a los hermanos que venían a él sobre la observancia de la regla que había establecido: «No debéis pensar, decía, que he propuesto estas disposiciones que os he establecido con un corazón ignorante. Pues de diecisiete monasterios que encontré entre los largos recorridos de mis frecuentes peregrinaciones, aprendí todo esto, y os lo he transmitido para que lo observéis saludablemente.» La biblioteca que había traído de Roma, la más noble y abundante, necesaria para la instrucción de la Iglesia, ordenó que se conservara íntegra con diligencia, y que no se manchara por negligencia, ni se dispersara al azar. Pero también solía reiterarles

diligentemente este mandato, que nadie en la elección del abad considerara que debía buscarse la nobleza de linaje, sino más bien la probidad de vida y enseñanza. «Y verdaderamente, os digo, que en comparación de dos males, me es mucho más tolerable que todo este lugar en el que hice el monasterio, si así lo juzga Dios, sea reducido a una soledad eterna, que mi hermano carnal, a quien sabemos que no sigue el camino de la verdad, suceda en él como abad después de mí. Por lo tanto, tened mucho cuidado, hermanos, siempre, de no buscaros un padre según el linaje, ni de fuera de otro lugar. Sino que, según la regla del gran abad Benito de antaño, según lo que contienen los decretos de nuestro privilegio, en el convento de vuestra congregación con consejo común busquéis a quien, según el mérito de vida y la doctrina de sabiduría, se pruebe más apto y digno para llevar a cabo tal ministerio, y a quien todos, con una búsqueda unánime de caridad, reconociendo como el mejor, elijáis, a este pidáis que el obispo lo confirme como abad con la bendición acostumbrada. Pues quienes engendran hijos carnales por orden carnal, es necesario que busquen herederos carnales y terrenales para su herencia carnal y terrenal; pero quienes engendran hijos espirituales para Dios con la semilla espiritual de la palabra, es necesario que todo lo que hagan sea espiritual. Entre sus hijos espirituales, consideren mayor a aquel que esté dotado de mayor gracia del espíritu, así como los padres terrenales suelen reconocer como el principio de sus hijos a aquel que han dado a luz primero, y lo consideran preferible a los demás en la repartición de su herencia.»

Tampoco debe callarse que el venerable abad Benito, para mitigar a menudo el tedio de la larga noche, que pasaba insomne por el peso de la enfermedad, llamando a un lector, ordenaba que se le leyera ante él el ejemplo de paciencia de Job, o alguna otra cosa de las Escrituras con la que el enfermo se consolara, para que, deprimido en lo más bajo, se elevara más vivamente a lo alto. Y como no podía levantarse para orar, ni fácilmente levantar la lengua o la voz para cumplir el curso habitual de la salmodia, el hombre prudente, guiado por el afecto de la religión, aprendió a llamar a algunos de los hermanos a él en cada una de las horas de oración diurna o nocturna, para que, con los salmos resonando en dos coros, él también, cantando con ellos en la medida de lo posible, supliera con su ayuda lo que no podía hacer solo.

Pero cuando ambos abades, agotados por la larga enfermedad, ya se vieron cercanos a la muerte y no aptos para gobernar el monasterio, pues la enfermedad de la carne los había afectado tanto que la virtud de Cristo se perfeccionó en ellos, cuando un día, deseando verse y hablarse mutuamente antes de partir de este mundo, Sigfrido fue llevado en una camilla al dormitorio donde Benito yacía en su lecho, y colocados ambos en un lugar por la mano de los servidores, sus cabezas se colocaron en la misma almohada, en un espectáculo lacrimógeno, y no tenían tanta fuerza como para acercar sus bocas para besarse mutuamente; pero completaron esto con el oficio fraternal: Benito, con él y con todos los hermanos, en un consejo saludable, llamó al abad Ceolfrido, a quien había puesto al frente del monasterio del beato Pablo apóstol, un hombre, a saber, cercano a él no tanto por parentesco de carne, sino por la sociedad de virtudes; y lo puso al frente de ambos monasterios con el favor de todos, y juzgando esto muy útil, consideró saludable en todo para conservar la paz, la unidad y la concordia de los lugares, si siempre tuvieran un solo padre y rector; recordando a menudo el ejemplo del reino israelita, que siempre fue inexpugnable para las naciones extranjeras e inviolado mientras fue gobernado por los mismos líderes de su gente; pero después de que, por causa de los pecados de los anteriores, fue dividido por la enemistad, pereció por un tiempo, y sacudido de su solidez, decayó. Pero también recordaba sin cesar aquella sentencia evangélica que debe ser recordada, porque todo reino dividido contra sí mismo será desolado.

LIBRO SEGUNDO.

Así pues, después de esto, transcurridos dos meses, primero el venerable y amado por Dios abad Sigfrido, habiendo pasado por el fuego y el agua de las tribulaciones temporales, fue llevado al refrigerio del descanso eterno, entró en la casa del reino celestial, en holocaustos de perpetua alabanza rindiendo sus votos al Señor, que había prometido con la diligente distinción de labios puros: y luego, añadidos otros cuatro meses, Benito, vencedor de los vicios y ejecutor de virtudes eminentes, vencido por la debilidad de la carne, llegó al final. La noche caía fría con los vientos invernales: el día santo de la felicidad eterna, de serenidad y luz, estaba a punto de nacer para él. Los hermanos se reunieron en la iglesia, insomnes en oraciones y salmos pasan las sombras de la noche: y el peso de la partida del padre lo consuelan con la continua modulación de la alabanza divina. Otros no abandonan el dormitorio en el que el enfermo, robusto de ánimo, esperaba la salida de la muerte y la entrada de la vida; el Evangelio se lee toda la noche para alivio del dolor, como solía hacerse en otras noches; el sacramento del cuerpo y sangre del Señor, en la hora de la salida, se da como viático; y así, aquella alma santa, purificada y examinada por las largas llamas de los azotes felices, abandona la prisión de la carne y vuela libre a la gloria de la bienaventuranza celestial. A cuya salida victoriosa, sin ser impedida o retrasada en absoluto por los espíritus inmundos, también el salmo que entonces se cantaba por él da testimonio. Pues los hermanos, reuniéndose en la iglesia al principio de la noche, cantando el salterio en orden, habían llegado al octogésimo segundo salmo, que tiene en su encabezado: Dios, ¿quién será semejante a ti? Todo su texto resuena con esto, que los enemigos del nombre de Cristo, ya sean carnales o espirituales, siempre intentan destruir y dispersar la Iglesia de Cristo, siempre intentan destruir y dispersar cualquier alma fiel; pero, por el contrario, ellos mismos serán confundidos y perturbados, perecerán para siempre, siendo debilitados por el Señor, a quien no hay nadie semejante, que es el único altísimo sobre toda la tierra. Por lo tanto, se daba a entender correctamente que estaba dispuesto celestialmente que tal salmo se dijera en la hora en que saliera del cuerpo el alma, a la que, con la ayuda del Señor, ningún enemigo podría prevalecer. En el decimosexto año después de fundar el monasterio, descansó en el Señor el confesor, el día antes de los Idus de enero, sepultado en la iglesia del beato apóstol Pedro; para que a quien viviendo en la carne siempre solía amar, por cuya apertura de la puerta del reino celestial entraba, no estuviera lejos de sus reliquias y altar después de la muerte ni siquiera con el cuerpo. Dieciséis años, como dijimos, gobernó el monasterio: los primeros ocho por sí mismo sin la asunción de otro abad; los restantes tantos con los venerables y santos hombres Eastervino, Sigfrido y Ceolfrido ayudándole con el nombre, autoridad y oficio de abades; el primero cuatro años, el segundo tres, el tercero uno.

Y el mismo tercero, es decir, Ceolfrido, un hombre industrioso en todo, agudo de ingenio, diligente en la acción, maduro de ánimo, ferviente en el celo de la religión, primero, como también recordamos arriba, por mandato y ayuda de Benito, fundó, perfeccionó y gobernó el monasterio del beato Pablo apóstol durante siete años; y luego, a ambos monasterios, o como podemos decir más correctamente, al único monasterio de los beatos apóstoles Pedro y Pablo, situado en dos lugares, presidió con un gobierno diligente durante veintiocho años; y todo lo que su predecesor comenzó con obras de virtudes eminentes, él no menos diligentemente se preocupó por perfeccionar. Pues entre otras cosas necesarias para el monasterio que encontró que debían disponerse durante su largo tiempo de gobierno, también hizo muchos oratorios; amplió los vasos y vestimentas del altar y de la iglesia de todo tipo; duplicó la biblioteca de ambos monasterios, que el abad Benito había comenzado con gran diligencia, él no con menor industria la duplicó: de modo que añadió tres pandectas de la nueva traducción, a uno de la antigua traducción que había traído de Roma; de los cuales uno, al regresar anciano a Roma, lo tomó consigo entre otras cosas como regalo, dejó dos a cada monasterio: dado

también un códice de cosmógrafos de admirable obra, que Benito había comprado en Roma, adquirió del rey Aldfrido, muy docto en las Escrituras, tierra de ocho familias junto al río Fresca en posesión del monasterio del beato Pablo apóstol; el cual orden de adquisición había establecido el mismo Benito con el mismo rey Aldfrido mientras aún vivía, pero antes de que pudiera completarlo, murió. Sin embargo, por esta tierra, posteriormente, reinando Osredo, Ceolfrido, añadiendo un precio digno, recibió tierra de veinte familias en el lugar que en la lengua de los habitantes se llama la villa de Sambuce, porque esta parecía más cercana al mismo monasterio. Enviados monjes a Roma en tiempos del papa de bendita memoria Sergio, recibió de él un privilegio para la protección de su monasterio similar al que el papa Agatón había dado a Benito; el cual, llevado a Britania y expuesto ante el sínodo, fue confirmado con la suscripción de los obispos presentes y del magnífico rey Aldfrido, como también no es desconocido que el rey y los obispos de su tiempo confirmaron públicamente el anterior en el sínodo. En tiempos de él, entregando al monasterio del beato Pedro apóstol, que gobernaba el veterano y religioso, y en toda ciencia tanto secular como de las Escrituras instruido siervo de Cristo Witmer, la tierra de diez familias que había recibido del rey Aldfrido en posesión en el lugar de la villa que se llama Daldun, la donó a ese monasterio con derecho de posesión perpetua.

Pero cuando Ceolfrido, después de mucha disciplina de observancia regular que él mismo, junto con su Padre Benito, prudente por la autoridad de los anteriores, se impuso; después de una incomparable diligencia de oración y salmodia, en la que él mismo no dejó de ejercitarse diariamente; después de un fervor admirable para corregir a los malos, y una modestia para consolar a los débiles; después de una inusual parquedad en los rectores tanto de comida y bebida, como de la vileza del hábito; vio que ya anciano y lleno de días no podía más, debido al impedimento de la edad avanzada, prescribir a los súbditos la forma debida de ejercicio espiritual ya sea enseñando o viviendo; después de mucho tiempo reflexionando consigo mismo, decretó más útil, dado el precepto a los hermanos, que según los estatutos de su privilegio y según la regla del santo abad Benito, de entre ellos mismos se eligieran un Padre que fuera más apto, él mismo se retiraría al monasterio de los beatos apóstoles donde había estado de joven con Benito: para que él mismo, antes de la muerte, por algún tiempo libre de las preocupaciones del mundo, pudiera dedicarse más libremente a sí mismo en secreto; y ellos, habiendo tomado un abad más joven, observaran más perfectamente según la edad del maestro los institutos de la vida regular.

Aunque al principio todos se opusieron, y con lágrimas y sollozos doblaron las rodillas con frecuente súplica, se hizo lo que quiso. Y tanto era el deseo de partir, que al tercer día desde que reveló a los hermanos el secreto de su propósito, emprendió el viaje. Pues temía lo que sucedió, que antes de que pudiera llegar a Roma, muriera; al mismo tiempo evitando, para que no fuera retrasado por amigos o personas principales a quienes era honorable, y para que no se le diera dinero por algunos, a quienes no podría retribuir por el momento; teniendo siempre esta costumbre, que si alguien le ofrecía algún regalo, se lo devolvía a él o bien de inmediato o después de un intervalo adecuado, no con menor gratitud. Cantada pues la misa temprano en la mañana en la iglesia de la bienaventurada Madre de Dios siempre virgen María y en la iglesia del apóstol Pedro el día antes de las Nonas de junio, un jueves, y habiendo comulgado los que estaban presentes, se prepara de inmediato para partir. Todos se reúnen en la iglesia del beato Pedro, él, habiendo encendido el incienso y dicha la oración en el altar, da la paz a todos, de pie en los escalones, teniendo el incensario en la mano: de aquí, con los llantos de todos resonando entre letanías, salen; entran en el oratorio del beato mártir Lorenzo, que estaba en el dormitorio de los hermanos, diciendo el último adiós, les amonesta sobre la conservación mutua del amor, y sobre corregir a los que delinquen según el

Evangelio; ofrece a todos, si acaso hubieran cometido alguna falta, la gracia de su perdón y reconciliación; suplica a todos que oren por él, que le sean propicios si hay quienes hubiera reprendido más duramente de lo justo. Llegan a la orilla; de nuevo, habiendo dado el beso de paz entre lágrimas a todos, doblan las rodillas; da la oración, sube al barco con sus compañeros. Suben también los diáconos de la Iglesia llevando cirios encendidos y una cruz dorada, cruza el río, adora la cruz, monta a caballo y se va, dejando en sus monasterios a casi seiscientos hermanos.

Pero al partir él con sus compañeros, los hermanos regresan a la iglesia, se encomiendan a sí mismos y a sus cosas al Señor con lágrimas y oración: y después de no mucho intervalo, completada la salmodia de la hora tercia, se reúnen de nuevo todos; consultan qué se debe hacer; deciden que el Padre debe ser buscado más rápidamente de Dios orando, salmodiando y ayunando; a los monjes del beato Pablo, a saber, sus hermanos, por medio de algunos de ellos que estaban presentes, así como a algunos de los suyos, les comunican lo que han decidido. Ellos también asienten, se hace un solo ánimo de ambos, los corazones de todos se elevan, las voces de todos se levantan al Señor. Finalmente, al tercer día, llegando el domingo de Pentecostés, se reúnen todos los que estaban en el monasterio del beato Pedro en consejo, y también están presentes no pocos de los ancianos del monasterio del beato Pablo. Se hace una sola concordia, la misma sentencia de ambos. Se elige entonces al abad Huaetberctus, quien desde los primeros tiempos de su infancia en el mismo monasterio no solo fue instruido en la observancia regular de la disciplina, sino que también fue ejercitado con no poca industria en escribir, cantar, leer y enseñar. También corriendo a Roma en tiempos del papa de bendita memoria Sergio, y demorándose allí no poco tiempo, aprendió, escribió y trajo lo que juzgaba necesario para sí mismo; además, doce años antes de esto, había ejercido el oficio de presbítero. Este, pues, elegido abad por todos los hermanos de ambos monasterios mencionados, inmediatamente, tomando consigo a algunos de los hermanos, vino al abad Ceolfrido, esperando el curso del barco en el que cruzaría el Océano: le anuncian a quien han elegido como abad: Gracias a Dios, respondió, confirma la elección, y recibió de él una carta de recomendación para llevar al papa apostólico Gregorio; por causa de su memoria, pensamos que también en esta obra debían ponerse algunos versos.

«Al Señor en el Señor de los señores, amadísimo y tres veces beatísimo papa Gregorio, Huaetberctus, su humilde siervo, abad del monasterio del beatísimo príncipe de los apóstoles Pedro en Sajonia, perpetua salud en el Señor. No ceso de dar gracias a la disposición del juicio supremo, junto con los santos hermanos que conmigo en estos lugares desean llevar el suavísimo yugo de Cristo para encontrar descanso para sus almas, porque se ha dignado en nuestros tiempos a poner a usted, tan glorioso vaso de elección, al gobierno de toda la Iglesia, para que, a través de usted, que está lleno de la luz de la verdad y la fe, también a los menores los rociara abundantemente con el resplandor de su piedad. Recomendamos a su santa benignidad, amadísimo padre y señor en Cristo, las venerables canas de nuestro amadísimo Padre, a saber, del abad Ceolfrido, nuestro nutridor y tutor de nuestra libertad y paz espiritual en la quietud monástica. Y primero damos gracias a la santa e indivisible Trinidad, porque él, aunque no sin nuestro máximo dolor, gemido, luto y lágrimas de despedida, se ha ido de nosotros; sin embargo, ha llegado a los gozos de su tan deseada quietud santa: mientras recordaba siempre con alegría haber visitado, visto y adorado esos lugares cuando era joven, incluso agotado por la vejez, devotamente repitió la visita a los umbrales de los bienaventurados apóstoles. Y después de más de cuarenta años de largos trabajos y continuas preocupaciones, a los que presidió con derecho de abad en la dirección de los monasterios, con un amor incomparable por la virtud, como si recién llamado a la vida celestial, consumido por la última edad y casi a punto de morir, nuevamente comienza a peregrinar por

Cristo, para que más libremente el fuego de la compunción espiritual consuma las espinas de las antiguas preocupaciones seculares. Luego también suplicamos a su Paternidad, que lo que nosotros no merecimos hacer, ustedes cumplan diligentemente el último deber de piedad hacia él: sabiendo con certeza que aunque ustedes tienen su cuerpo, nosotros y ustedes tenemos su espíritu devoto a Dios, ya sea permaneciendo en el cuerpo o liberado de las ataduras carnales, como un gran intercesor y patrón ante la piedad suprema por nuestros excesos.» Y lo demás que contiene la secuencia de la carta. Al regresar a casa Huaetberctus, se convoca al obispo Acca, y lo confirma con la bendición habitual en el oficio de abad. Entre los innumerables derechos del monasterio que recuperaba con sagaz diligencia juvenil, hizo esto primero, deleitable y grato para todos: trasladó los huesos del abad Eastervino, que estaban colocados en el pórtico de entrada de la iglesia del beato apóstol Pedro; así como los huesos del abad Sigfrido, su antiguo maestro, que habían sido enterrados fuera del santuario al sur, y ambos los reubicó en una misma urna, pero divididos por una pared en el medio, dentro de la misma iglesia junto al cuerpo del beato Padre Benito. Hizo esto el día del natalicio de Sigfrido, es decir, el undécimo de las calendas de septiembre, día en el que también ocurrió, por la maravillosa providencia de Dios, que el venerable siervo de Cristo Witmer, de quien hemos mencionado antes, falleciera, y en el lugar donde los abades mencionados anteriormente habían sido sepultados, él, que había sido su imitador, fue enterrado.

El siervo de Cristo Ceolfrido, como se ha dicho antes, dirigiéndose a los umbrales de los bienaventurados apóstoles, antes de llegar allí, tocado por la enfermedad, cerró su último día. Llegando a Langres alrededor de la tercera hora del día, a la décima hora de ese día, partió hacia el Señor, y al día siguiente fue sepultado honoríficamente en la iglesia de los mártires Geminianos, no solo por los anglos de su comitiva, que eran más de ochenta, sino también por los habitantes de ese lugar, que lloraban y se lamentaban por el deseo insatisfecho de tan reverendo anciano. Pues no era fácil para nadie contener las lágrimas, viendo a sus compañeros, algunos continuando el viaje iniciado tras perder a su padre; otros, cambiando la intención de ir a Roma, regresando a casa para anunciar su sepultura; y otros permaneciendo junto a la tumba del difunto entre aquellos cuya lengua no conocían, por el inextinguible afecto hacia el Padre.

Tenía setenta y cuatro años cuando murió, habiendo ejercido el grado de presbítero durante cuarenta y siete años, sirviendo en el oficio de abad durante treinta y cinco años, o más bien cuarenta y tres años, ya que desde el primer momento en que Benito comenzó a fundar su monasterio en honor del beatísimo príncipe de los apóstoles, él estuvo presente como compañero inseparable, colaborador y maestro de la institución regular y monástica. A quien ninguna ocasión, ya sea por el rigor antiguo, la edad, la enfermedad o el viaje, le hizo disminuir su rigor; desde el día en que partió de su monasterio hasta el día en que murió, es decir, desde el día antes de las nonas de junio hasta el séptimo de las calendas de octubre, durante ciento catorce días, excepto las horas canónicas de oración, se preocupó por cantar el Salterio dos veces al día en orden; incluso cuando llegó a tal debilidad por la enfermedad que, no pudiendo montar, fue llevado en una litera a caballo, diariamente ofrecía a Dios el sacrificio de la misa cantada, excepto un día, cuando navegaba por el Océano, y tres días antes de su muerte.

Murió el séptimo de las calendas de octubre, en el año setecientos dieciséis de la encarnación del Señor, un viernes, después de la hora nona, en los prados de la ciudad mencionada: sepultado al día siguiente al sur de la misma ciudad, a una milla en el monasterio de los Geminianos, con un no pequeño ejército de anglos que habían venido con él, así como de los habitantes del monasterio y de la ciudad, resonando salmos. Los mártires Geminianos en

cuyo monasterio y iglesia fue enterrado son Speusippus, Eleusippus, Meleusippus, quienes nacieron de un solo parto de su madre, renacidos en la misma fe de la Iglesia, junto con su abuela Leonilla, dejaron una memoria digna de su martirio en ese lugar, quienes también nos imparten a nosotros, indignos, y a nuestro padre, la ayuda de su intercesión y protección.